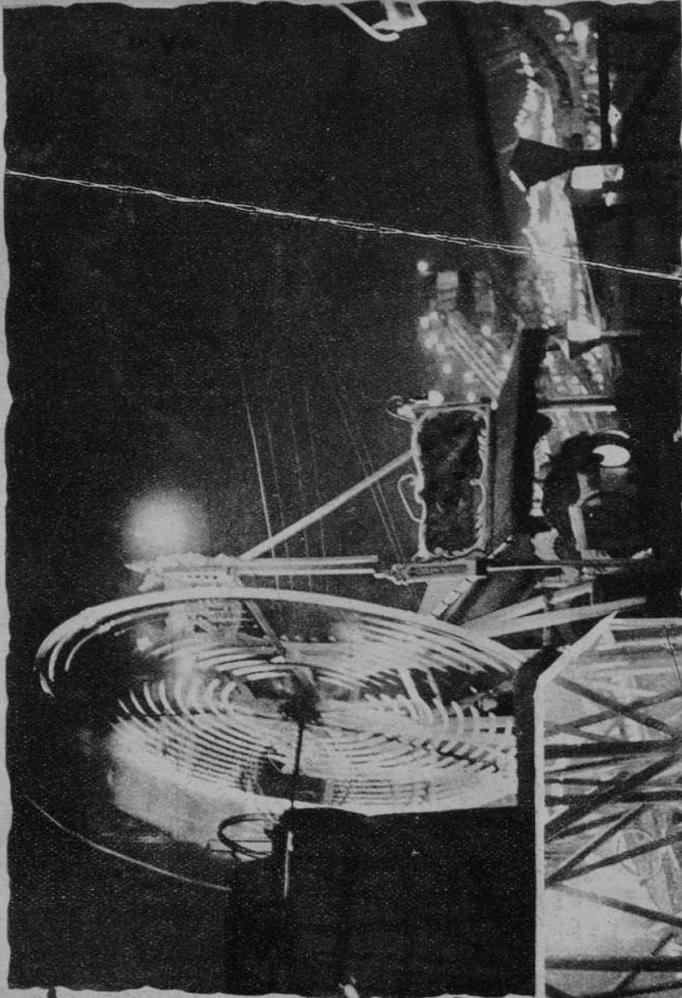
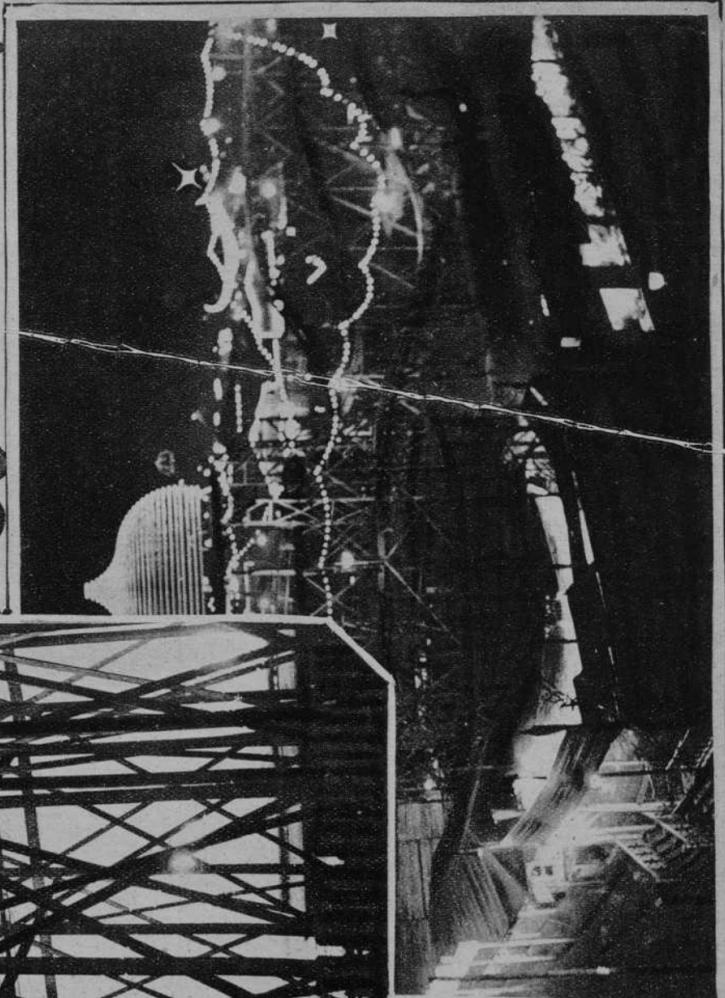
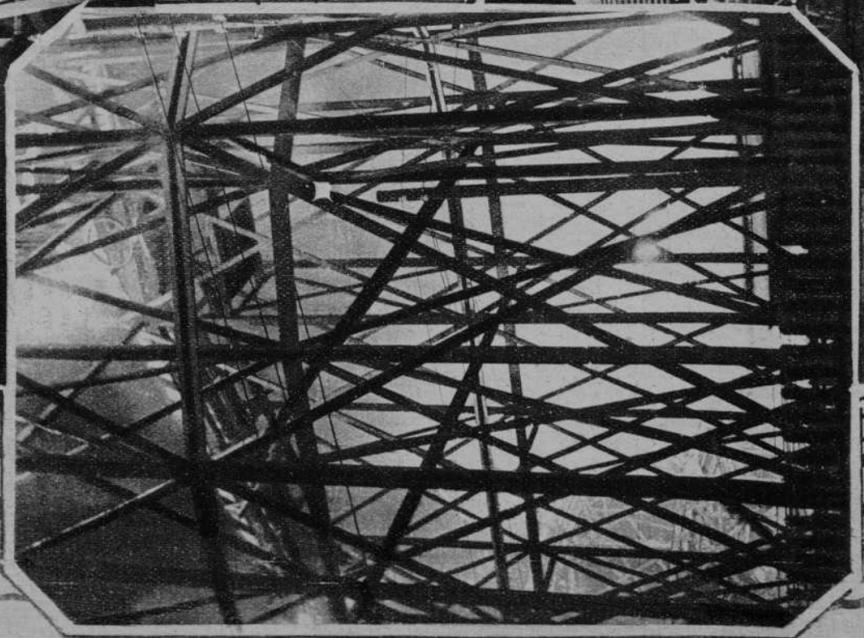


EL MARAVILLOSO PARQUE DE ATRACCIONES DE HAMBURGO, VISTO DURANTE LA NOCHE



LA RUEDA LUMINOSA QUE ATRAE A LOS MARINOS DEL INMENSO PUERTO. (Fot. Sherf)

EL ANDAMIAJE DE LAS MONTAÑAS RUSAS

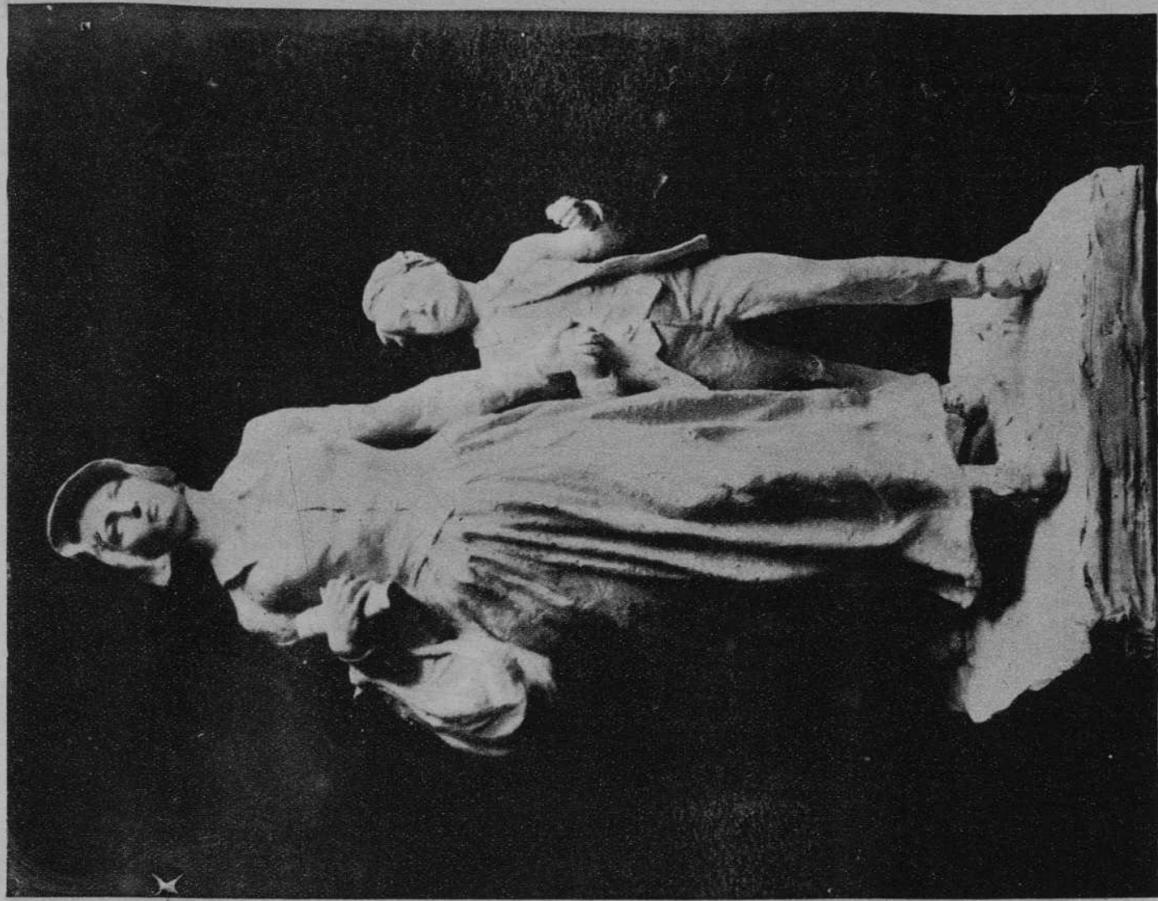


LAS INSTALACIONES DE LA «HAMBURGER - DORN»

NUM 91

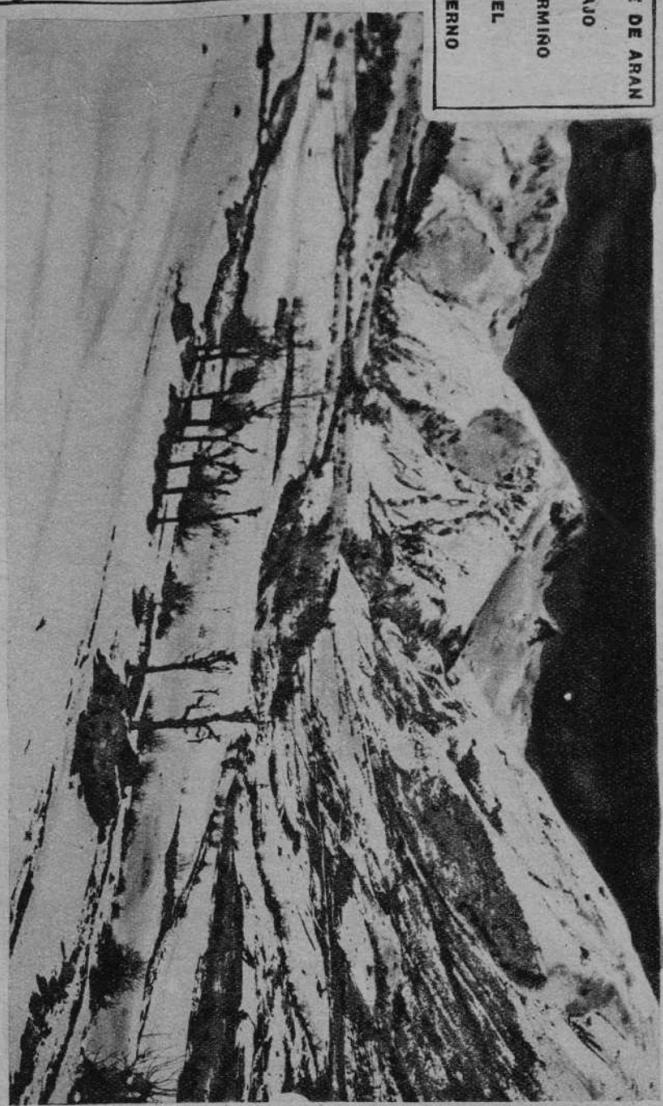
PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE El Dia Gráfico

ENERO 8 1928



LA MUJER «PIONEER». Grupo escultórico de Bryant Baker, que será erigido en Ponca City, Estados Unidos. Tendrá treinta pies de altura y será colocado de modo que pueda verse a veinte millas de distancia. (Fot. Keystone)

EL VALLE DE ARAN
BAJO
EL ARMIRNO
DEL
INVERNO



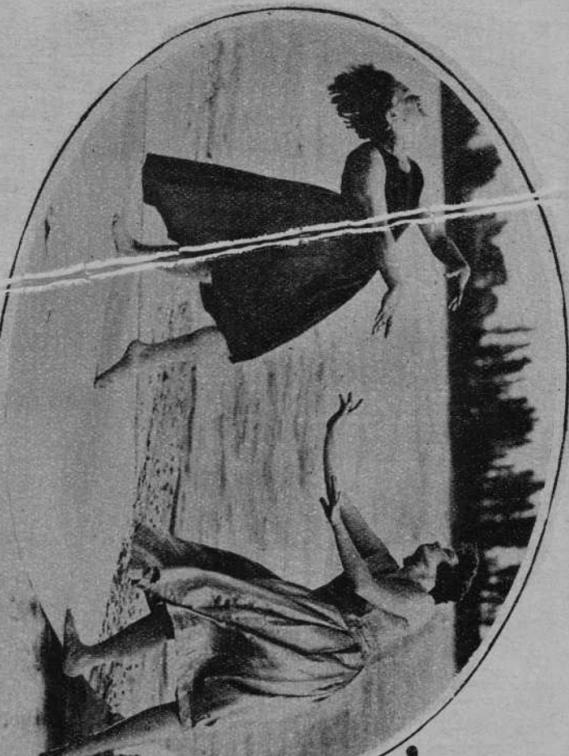
Un rincón del Valle en que la nieve ha borrado todos los caminos.
(Fot. Merletti).



Caseta de arranque de la canalización del salto de agua que ha de abastecer el Canal Alfonso XIII.



Vista general del pueblo de Salardú, entre nieves.

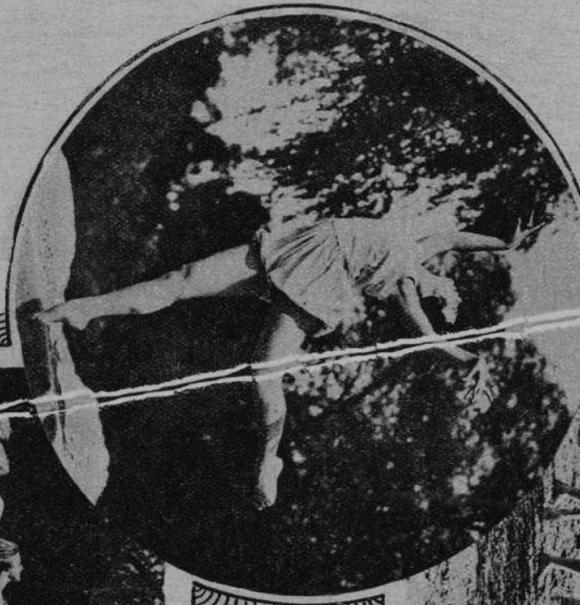


EJERCICIOS GIMNASTICOS

Lecciones de
Gymnasia y Orillas
del Rhin.



Las discipulas de Mary Wigmann dando lecciones al aire libre.

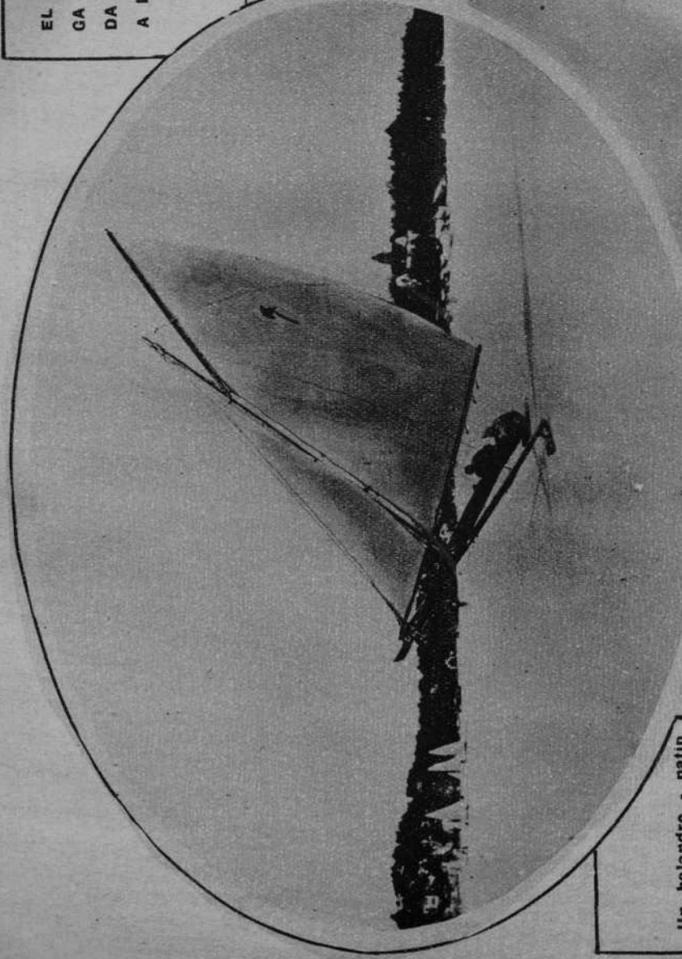


UN SALTO AIROSO SOBRE EL FONDO OSCURO DE LOS ARBOLES

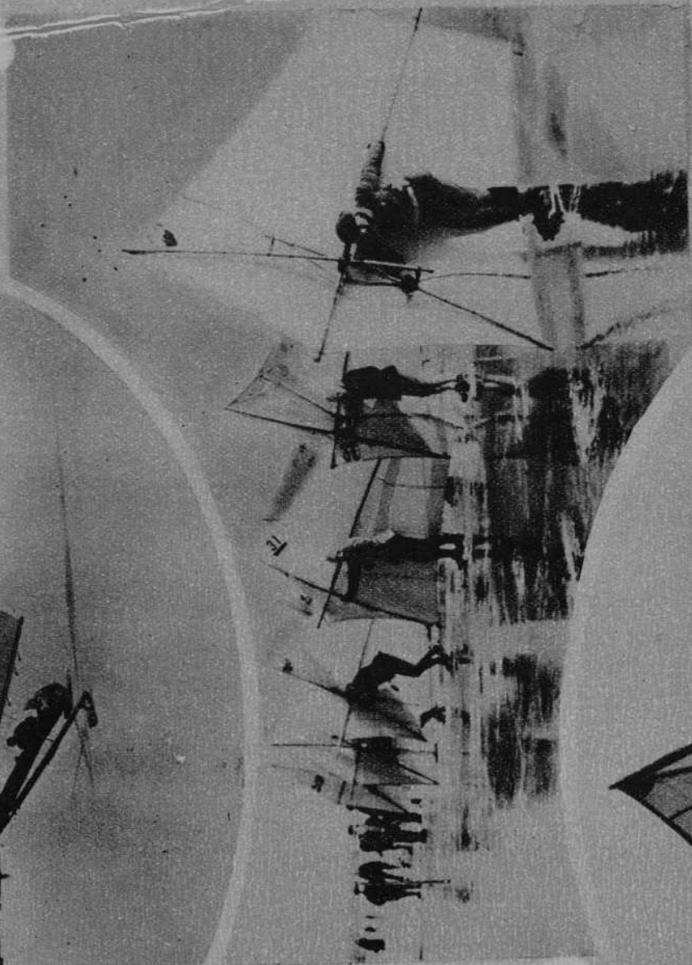


UN GRUPO COREOGRAFICO DE UNA INTENSA PLASTICIDAD.

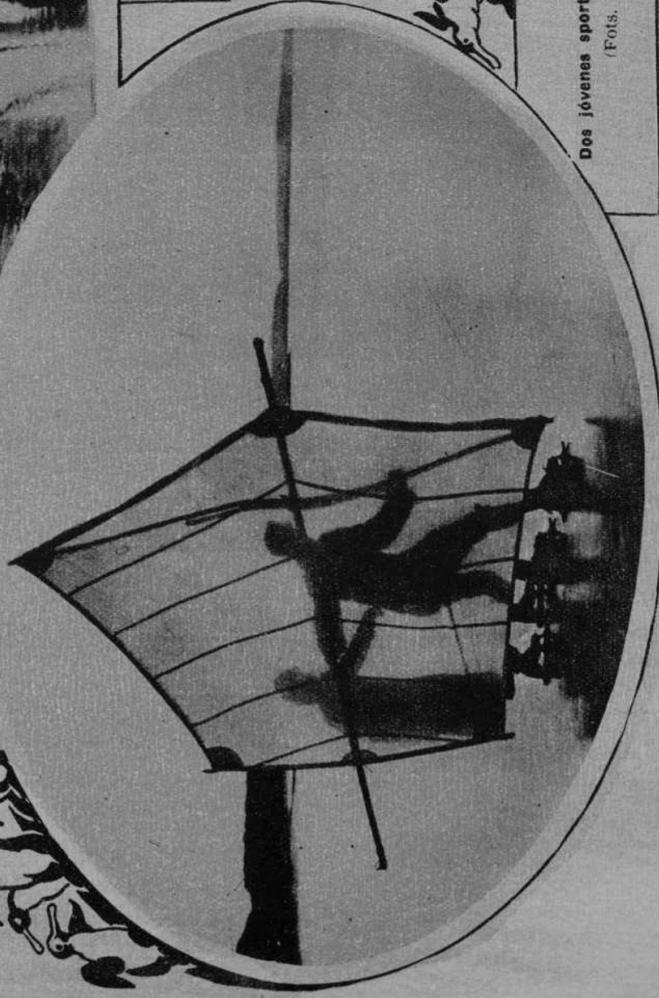
EL INVIERNO CRUDO) CÁSTI-
CA A MUCHA GENTE, PERO
DA INMENSA SATISFACCION
A LOS AMIGOS DEL DEPOR-
TE DE INVIERNO.



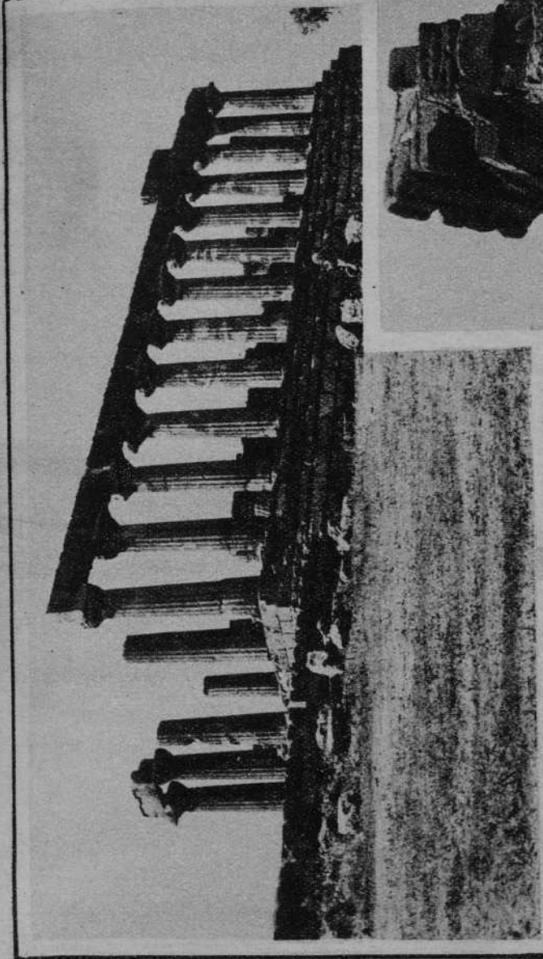
Un balandro - patin
que se encabrita so-
bre el hielo.



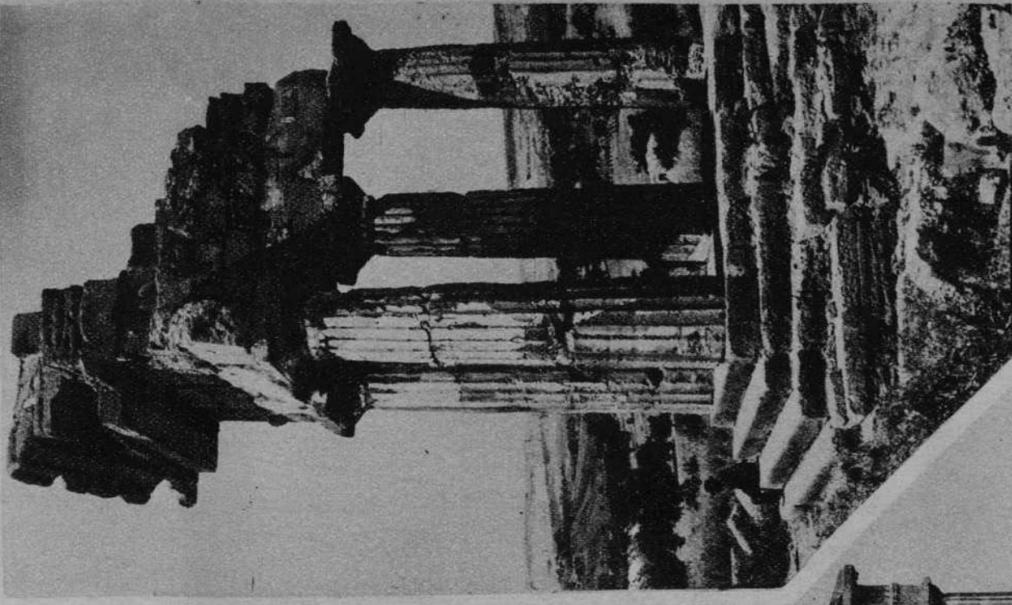
Una carrera de veleros
individuales.



Dos jóvenes sportmen a toda vela.
(Fots. Vidal).

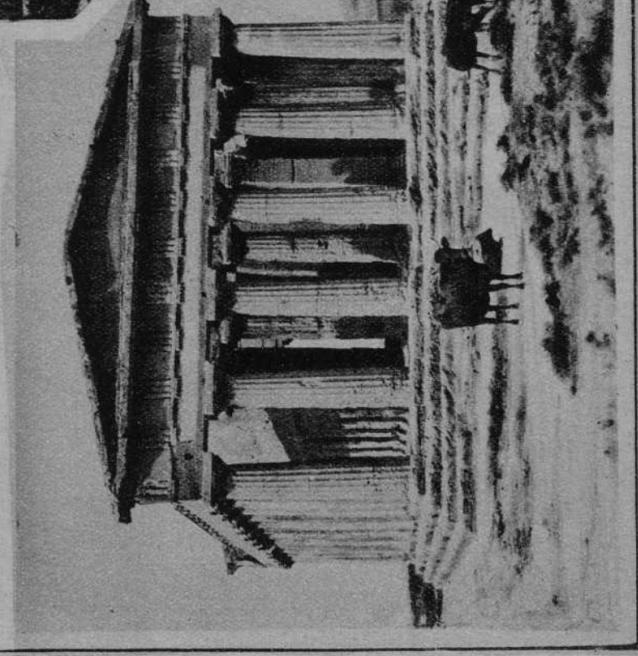


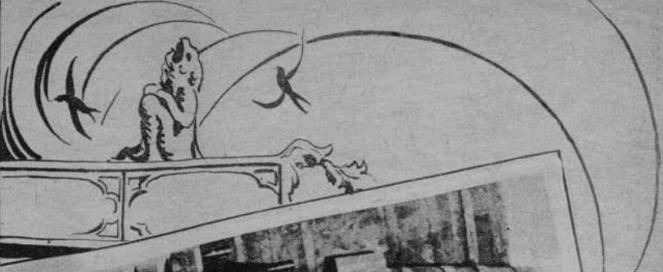
Templo de Guinone.



EN GIRGENTI, LA ANTIGUA AGRI-
GENTO (SICILIA), VAN A CELE-
BRARSE EN ABRIL PROXIMO
UNAS GRANDES FIESTAS DE AR-
TE CLASICO, APROVECHANDO EL
MARCO MARAVILLOSO DE LAS
RUIINAS GRIEGAS.

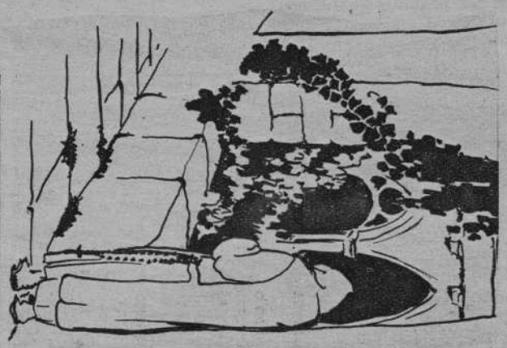
Columnas del templo de Cástor y
Pólux.





La seccion de embotellaje en la cerveceria monastica. (Fotos: Koystamo).

El Monasterio de S. Sixto en Westeleren en Inglaterra

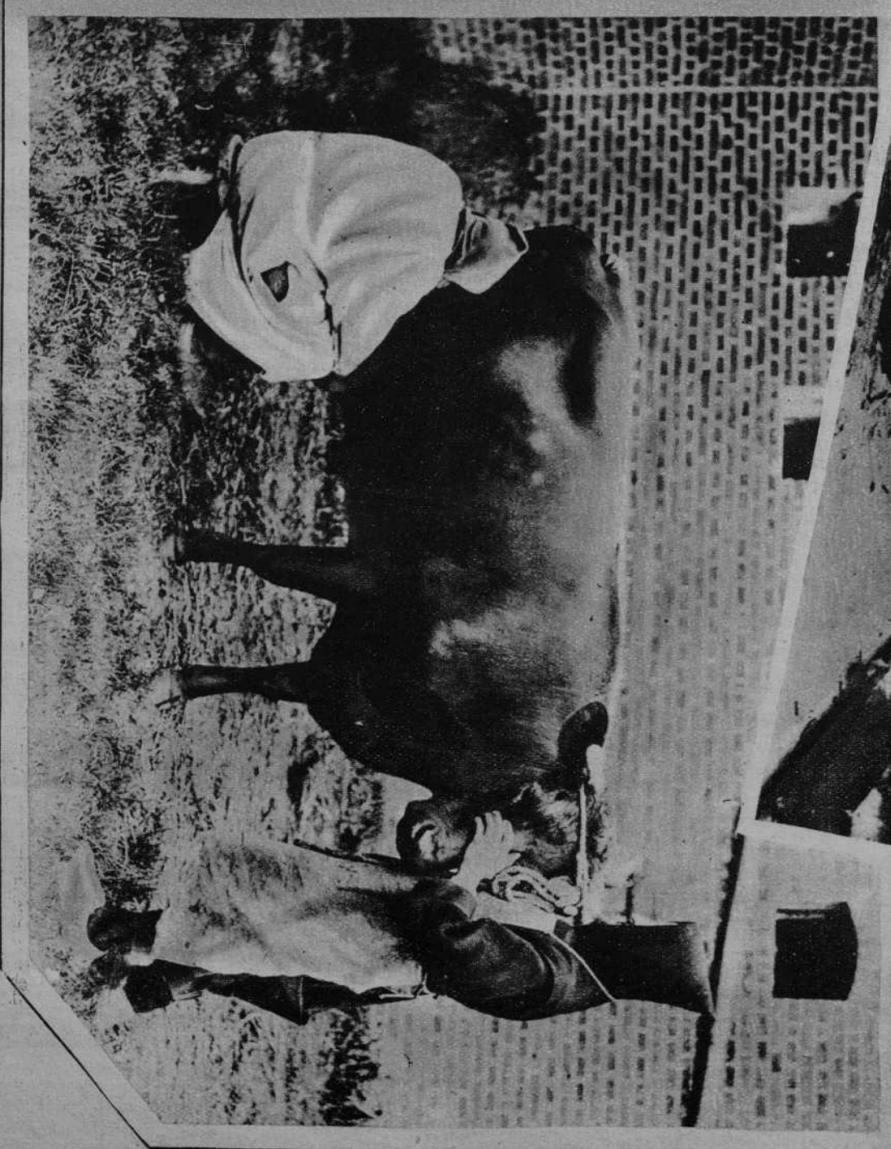
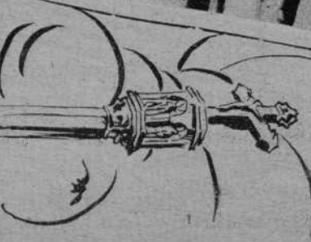


Un monje ordenando en la granja del monasterio.

Un visitante probando la cerveza que fabrican los monjes.



Cociendo el pan para el consumo.



LA OFENSIVA INVERNAL

Los inesperados sports de invierno

Cuanto, cada año, cuagados de burlas y arropados exóticamente, van en busca de la nieve helada de las granites estaciones de invierno, habrán experimentado estos días pasados una honda decepción. No valía la pena, ciertamente, de escalar altas cumbres ni emprender lejanas excursiones, para hallar las ansiadas pistas donde practicar los deportes de invierno, tan sugestivos y espectaculares.

El tiempo, haciendo gala de insospechados rigores, se ha complacido en convertir a Europa entera, por unos días, en una pista que, de haber sido aprovechada oportunamente por los intrépidos deportistas, hu-



entusiasta de los ejercicios emulativos, conforme a la ideología de las modernas generaciones, ha gozado lo increíble aun viendo caer a sus mayores.

Patines absurdos han surgido en las imagnaciones infantiles; bobsleighs fantásticos, hechos con sillas viejas y cujones han surcado las avenidas ciudadanas. El futuro deportista ha trabado conocimiento con la nieve, sólo vista ahora en cronos y revistas, y le ha cogido afición. Seguramente, en años venideros, serán muchos más los enamorados de ella que acudan a las heladas cumbres y a los altos ventisqueros para gozar de sus bellezas.

Inesperada obra de divulgación deportiva ha sido esta del tiempo al descargar sus rigores sobre Europa. Los daños causados, las caídas registradas, durarán menos en el recuerdo popular que el maravilloso espectáculo.



inesperadas nevadas. Todo ha quedado reducido a un espectáculo magnífico para aquellos pueblos que, en Inglaterra, en Francia o en Italia, no sabían hasta ahora lo que era la nieve, y a un recuerdo desagradable para cuantos conservan en sus cueros las huellas del batacazo.

En las improvisadas sesiones deportivas, de que han sido teatro casi todas las ciudades europeas, la chiquillería, cada día más

biera hecho de cada plaza pública un pequeño Luchon, un Davos inesperado o un improvisado Chamonix.

Los ciudadanos, sorprendidos ante esta genialidad del tiempo, han podido comprobar la gran dificultad que para su práctica ofrecen los deportes de nieve. Los resbalones, las caídas aparatosas, los tumbos grotescos, han constituido, por doquier, un espectáculo no esperado. La Naturaleza, ge-

¿Por qué las cosas aparecen más grandes a través de un vidrio de aumento?

Las leyes que explican este fenómeno son muy curiosas.

Si tomamos un lente de aumento y lo colocamos un poco lejos de nuestros ojos, veremos una imagen muy reducida e invertida de lo que se encuentra más allá del vidrio. Esto mismo se produce en el interior de nuestros ojos y dentro de los aparatos fotográficos. Pero si tomamos el mismo lente y lo colocamos sobre esta página, en vez de obtener una imagen pequeña e invertida, veremos una imagen agrandada y en su debida posición. Esto sucede porque colocamos nuestro ojos en el camino de los rayos luminosos que atraviesan el vidrio, antes que ellos se hayan cruzado, y precisamente cuando se encuentran. El ojo se figura entonces ver las letras mucho más grandes de lo que son. Es fácil imaginar que si uno se aleja del lente de aumento de manera que los rayos luminosos puedan cruzarse antes de llegar hasta el ojo, las cosas se verán de otra manera.



—¿A qué categoría ascenden los principales herederos cuando muere el rey, su padre?
—A la de buáramas.

Los lobos y las ovejas

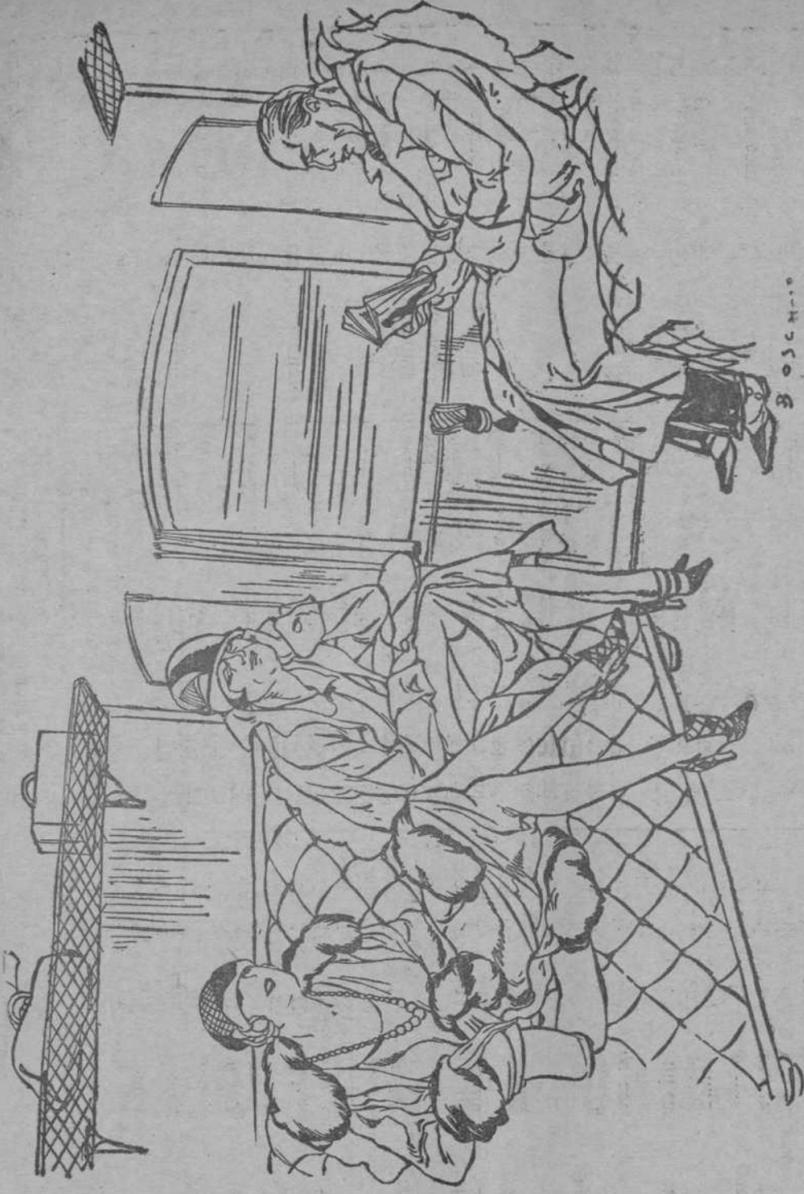
FABULA DE ESOPÓ

No pudiendo los lobos comerse a las ovejas, que estaban custodiadas por los perros, les enviaron unos mensajeros encargados de manifestarles su deseo de vivir en paz con ellas, y para mutua seguridad les proponían la entrega de los perros como rehén, en cambio, por parte de ellos, de los lobeznos, sus hijos.

Las ovejas cayeron en el lazo y en consecuencia, pasaron los perros en poder de los lobos, y los cachorros de éstos en poder de las ovejas. Pero en lugar de vivir éstas en paz, como lo creían, les sucedió todo lo contrario.

Viéndose los cachorros de los lobos separados de sus madres, se pusieron a aullar y los lobos que habían descuartizado a los perros mientras dormían, al oír gritar a sus hijos corrieron a socorrerlos, y pretextando que las ovejas habían faltado a su palabra atormentando a sus lobeznos, cayeron sobre ellas, que no contando más que con la defensa de los perros, fueron devoradas.

No se debe abandonar en manos del enemigo lo que constituye la propia defensa.



Idilio sentimental

NOVELA CORTA

por Domingo de Fuenmayor Ilustraciones de Bosch

A MANECIA. Ponia el sol en el paisaje las primeras pinceladas de púrpura. María Josefa...

Cerró el libro, «cogiéndose» una mano con las hojas, «para no perder el punto», y púsose a mirar, sin mirar, por la ventanilla.

Paisaje manchego. Parda llanada. De vez en vez, un molino de viento, gigantes, manoteaba en la lejanía. Un rastroy, muy de raro en raro.

—Tópicos, bah—pensó casi en voz alta—, como los del libro. Es decir, tópicos, no... Aquí, en el paisaje, son realidad las frases hechas...

No valía la pena, tampoco, el paisaje. Volvió la vista al coche. «Madama» y «Madamita» continuaban muy serias, muy estradas... muy inglesas. Muy francesas, cuando subieron, hacía ya varias horas.

—¿Madre e hija? No; demasiado pocos años de una a otra para serlo. Ni hermanas, por lo contrario, tampoco. La señorita y su «carabina», seguramente, veinte años, la más joven, treinta, o treinta y tantos, la mayor. «Madama» le miraba ahora sonriendo. Sonriendo

Peipe González conservaba incógnita un bigote mosqueado, a través de las imposiciones yanquis, y lo atizó, al serlo pensamiento de poder ser tomado por un Don Juan Rectifico, para ratificar la supuesta figuración de la docella.

—Me aburre la lectura... cuando estoy delante de mujeres guapas.

Un silencio. Un rubor. Y en seguida, la joven:

—¿Es usted viajante?

El rubor prendió en él ahora. La pregunta escuchada, flotaba en el ambiente del departamento, como sugiriendo una continuación:

—Me he querido referir, señor, a una «via» de mal educado. A un enamorado de quilométrico. Como de tal ha sido el... «piropo».

Por sí la frase, de tanto pensaría todos, llegaba a realizarse en los labios de la muchacha, aclaró él, y se armó un «taco».

—Quise decir, de señoras guapas. O de... señora y señorita.

—Señoritas, las dos.

—Debí sospecharlo... al sospechar, también, que en su pueblo de ustedes debían tener los hombres muy mal gusto... o no tener ojos en la cara. Se reían. Se reían. Decididamente, el

en inglés, también, sin duda, ya que raramente una señora española sonríe a un caballero—mucho menos a un caballero desconocido—, tomando una «pegrrosa» iniciativa.

No fué la risa sólo:

—¿Le aburre la lectura?—solicitó la otoñal.

—Me aburre.

Demasiado concisa, la respuesta. De un tono amable. Tanto, que con una mirada recriminó a la otoñal la joven, como diciéndole:

—Ha hecho usted mal, «Madama», en preguntarle. Los hombres de aquí son unos terribles donjuanes y sabe Dios lo que ese señor va a figurarse de nosotros.

«de pueblo» debiera pararse el «no dando una». Salí por la tangente y estubo, al fin, feliz:

—Les advierto, señorías, que es sólo en el tren donde acostumbro a decir tantísima tontería. Lamento que haya sido en el tren donde nos hemos conocido.

—Les hizo gracia, ahora, y emprendieron ya una charla llena de corraliandás.

—En realidad, no nos hemos conocido.

—No, en realidad, permitárame que me presente: Felipe González... propietario.

—¿De Urbeley? —De Urbeley, en efecto; loyérómme nombrar antes de ahora?—preguntó y le placía ser conocido por su «oficio», tan cómodo.

—Conocímos su nombres, sí.

—Soy hombre afortunado.

—Fué, como siempre, de la más joven la pregunta «de ciudadanos»:

—No es poca fortuna, en efecto, tener fortuna.

—Me referí a la suerte de que ustedes me conocieran.

—Muy galante.

—Y muy burlona usted. ¡De Urbeley? —A Urbeley. ¿Tan grande es la ciudad, que no conoce el rico propietario a todos sus convecinos?

—Por desgracia, todos los convecinos conocen al... rico propietario, mejor que él a ellos. Además, yo paro poco en Urbeley. Mis negocios...

—Sus diversiones.

—Fué ahora la otoñal quien fulminó con la mirada, a la joven, como reprochándola: —¿Y que te importa a ti que este caballero se divierta o no?

—Como callaban, por imponer medida la una, y por sentirse objeto de repulsa la otra, terció él:

—Si se me entended, van a dejarme con la curiosidad, con la atroz curiosidad de conocer sus nombres...

—Y tiamente, la mayor, de carrerilla, sin entonación, para salir del paso:

—Yo, Aurora Fuenlara. Mi hermana, Rosa Fuenlara.

—¿Y el telegrama es?...

—Prendió otra vez la risa, y la confanza:

—El telegrama es para nuestro hermano, don Felipe Fuenlara.

—¿Caramba!... ¿Pero ustedes son hermanas de Felipe Fuenlara?

—Si usted no dispone otra cosa...

—Encantado con que ocurra así. Pero son ustedes el demonio, las mujeres...

—Y me dicen así, como si tal cosa, que me conocían de nombre!... Pues poco que les habría hablado de mí mi tocayo.

—Mhcho, en efecto. Por él sabemos que es usted Felipe Segundo.

—Niña...

—Por él lo saben, y por él lo soy...

—Como somos tocayos y fumosos comid-cipulos y camaradas de diversiones, a mí, que tengo unos cuantos años me-

ros que él, me distinguían los amigos, al hablar de los dos, llamándonos «Felipe Segundo»...

—Tiene gracia...

—Lo que la tiene es que hayamos estado tantas horas sin hablarnos y... ¡qué pequeño es el mundo!

—No tanto. Ya ve usted: para ir de una ciudad a otra, llevamos ocho horas de tren en un trocito de la tierra.

—Es verdad, Rosita.

—Rosa. Me desagrada el diminutivo. Ya el nombre no me gusta demasiado.

—¿Por?

—Por cómo da idea de debilidad.

—De feminidad...

—De una feminidad que no me gusta.

—Diga de belleza, entonces.

—Huy, no no, peor todavía. ¡Ha usted a atinar en seguida con el piropeo del aroma y de las espinas! Llamárame Rosa, créalo, es una cosa lamentable.

—Rosa: me encanta su feminidad.

—«Me encanta su feminidad». Y ya casi no hablaban más hasta la llegada. En el andén esperaban a las viajeras su hermano y la esposa de éste. Hizo, naturalmente, una explosión de regocijo:

—Caramba, muchachos, qué pronto que hayáis hecho el viaje juntos...

—A la puerta, se separaron: —Ve por casa, Felipe—invitó Fuenlara.

—Iré—aceptó Felipe Segundo. Y suhió al «cauto» que le esperaba para conducirle a la suya, mientras sus compañeras de viaje, con los hermanos, tomaban el coche del «Hotel Europas».

—Con la mano las saludó al adelantarse: —¿Tratando la mano, como para que el gesto no fuera confundido con el señal de «cauto» por un fantástico chófer de otro «cauto» que viniera detrás.

—Subía el coche la empujada y tor-tuosa «Cuestita del Cristo del Valle», y Fuenlara tuvo que hacer tor-tuosa una vez con las manos para ser oído no decaer ante el estrépito de las ruedas y de las coladeras:

—Es simpático—apresuróse a decir, mientras: —Muy simpático—aceptó la pequeña.

—No es antipático—aceptó la pequeña.

—Tú, supongo que no habrás olvidado la marcha del noble juego del «Poker». Felipe. Y como lo supongo, vamos a armar partida en seguida. Necesito ganar unas pesetas, señor González.

—Como quieres. Pero preferiría hablar contigo unos momentos, de algo reservado y, desde luego, mucho más interesante para mí que ligar una «escala» máxima.

—Feliz mortal. Y felices, también, quienes, como yo ahora, pueden dejarse conducir a un rincón para hablar reservadamente, sin temor a recibir un sa-lvazo.

—Hombre, quien sabe.

—Pepito Urrutia, abogado del Ilustre Colegio de Urbeley y también ilustre vago, prototipo del señorito provinciano, con su carrerita, y sus chisfretos, y su dinero, fingió un cómico pavor.

—Oye, oye—dijo—, supongo que no te habrás arruinado en esos quince días que has estado haciendo el golfo por ahí...

—No, en efecto. Pero voy a darte un secreto, a pesar de todo.

—Muy interesante.

—Figúrate. Hay salvazos de dinero—el típico salvazo de cinco duros «que se devolverán mañana sin falta»—, y salvazos que valen más, valiendo menos en dinero contante y sonante. Yo, queridísimo Pepito, voy a darte el salvazo de una confidencia. Acudo a ti, como el sablista acude a quien le ofrece probabilidades de «operar» con éxito.

—Tú, queridísimo sacerdote del «fulgencio y del «trío», tienes casi siempre una fortuna disponible respecto a lo que a chisfretos local se refiere...

—Bueno, bueno, Felipe, a ver si recandales de conocimientos acerca de la vida de tu casa.

—Ay, Pepito, yo en mi casa no tengo portera, sino portero.

—Importante que es uno.

—Desgraciado que es uno; por que si yo en mi casa tuviera portera, y la portera de mi casa fuera poseedora del candil de conocimiento acerca de la vida local, que tú asesoras, ten la evidencia de que a estas horas ya sabría yo lo que saber me interesa.

—Bien, chico, creo que ya hay suficiente prólogo. ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber cuánto haga referencia a las hermanas de Felipe Fuenlara.

—Pues allá va: Paz, cuarenta años, al parecer, viuda; ligeramente picada de...

—Alto, alto; a Paz ya la conozco; las que me interesan son las otras dos, las que han vivido siempre, o casi siempre, en Madrid, con sus tíos.

—Aurora y Rosa.

—Eso es: Aurora y Rosa.

—¿Y qué quieres saber de ambas doncellas?

—Todo.

—Pues a otra puerta, hermano. De Aurora y Rosa Fuenlara no sé absolutamente nada. Es decir, sé lo mismo que tú: que se han educado en Madrid, que han vivido siempre en Madrid, me-jor dicho, con un hermano de su madre, cuyo matrimonio fué repetidamente bendito...

—Pues yo creía que ese tío de Madrid no tenía hijos...

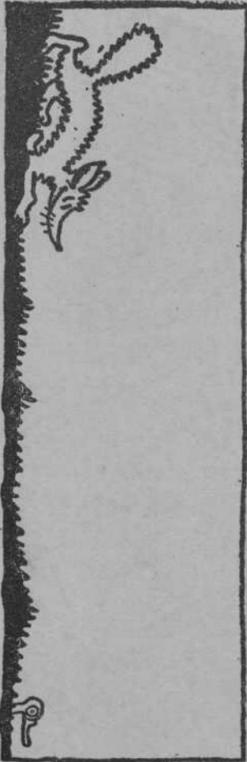
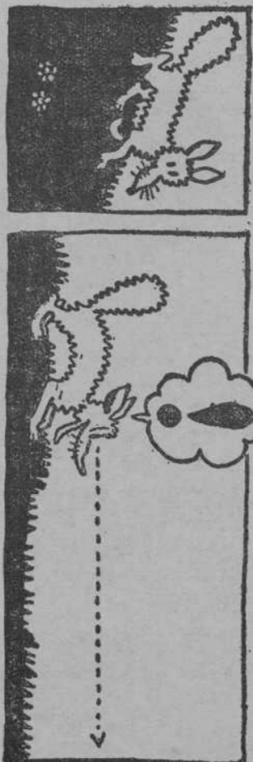
—Pues por eso precisamente digo que obtuve la bendición divina reiteradamente. Figúrate, treinta y tantos años de casado y sin haber aguantado a ningún torro!

—No digas barbaridades, Pepito.

—No las pienses tú. O piénsalas, pero no las hagas. ¡Ha pasado por tu imaginación la peregrina idea de unirme?

—Sí.

LA ZORRA Y EL PATO



Historia sin palabras

EL POR QUÉ DE LAS COSAS

¿De qué se componen los anillos que rodean a Saturno?

Esta pregunta ha interesado profundamente a los astrólogos desde que el descubrimiento del telescopio ha permitido descubrir estos misteriosos anillos. Estos anillos son chatos y concéntricos, parecidos a los redondeles de las planchas de cocina. Vistos con el telescopio, unos aparecen obscuros, otros luminosos, y se los cree constituidos por una sustancia sólida que no presentan ninguna grieta.

Algunos sabios han demostrado que dichos anillos no pueden ser constituidos por sustancias sólidas, pues nunca se podrían haber formado de este modo y aun suponiéndolos formados, se romperían inmediatamente.

¿Es cierto que los deportes han aumentado la estatura humana?

Se ha podido comprobar de una manera indudable, comparando el tamaño de numerosos esqueletos humanos del tamaño de los siglos pasados con los de nuestros contemporáneos que la práctica asidua de los deportes, ejercicios atléticos y de la vida al aire libre, generalizada por todas las clases sociales, contribuye, no solamente a aumentar la fuerza física y a mejorar la salud, sino también a desarrollar el término medio de la estatura.

Es un hecho indiscutible que los ingleses de hoy día son mucho más grandes y musculosos que sus abuelos del siglo XVIII, porque en el curso del siglo XIX los deportes y los juegos atléticos, siempre apreciados en Inglaterra, han tomado una extensión extraordinaria con gran beneficio de la salud y de la higiene de los individuos y de la nación entera. En ese país no son como aquí las clases acomodadas o la burguesía media las que se libran solas a los deportes que fortifican, tales como el football, el cricket, el box, el golf, el remo, la natación, el ciclismo y tantos otros; sino los obreros y los paisanos. El resultado es visible: se ha podido admirar en la Gran Guerra las magníficas tropas inglesas de estatura atlética, respirando la fuerza y la salud, aunque se componían de las clases más diversas de la población británica. Esos soldados no han necesitado un largo entrenamiento físico para el duro oficio militar, porque la gran mayoría de ellos está naturalmente preparada, gracias a la práctica de los deportes cativada desde la infancia.

Entre nosotros, los deportes no han penetrado suficientemente en las masas profundas de la población, aunque se nota desde hace algunos años un sensible aumento, sobre todo en las grandes ciudades. Examinamos seguros de que nuestros lectores, chicos y grandes, se apresurarán a la práctica de uno u otro de esos ejercicios vitalizantes. Ellos son los que deben predicar el ejemplo a su alrededor, exhortando a sus camaradas retardados para que los imiten.

¿Por qué las flores tienen más perfume después de la lluvia?

En todas partes donde abunda la vegetación las lluvias contribuyen, poderosamente, a purificar el aire, lo que permite sentir más fácilmente los perfumes emanados de las flores. Pero se dice que la lluvia aumenta el perfume de las flores, y eso es cierto. Sin agua, ninguna vida sería posible, y los fenómenos de la existencia de los seres vivos encuentran una ayuda indispensable en el buen aprovisionamiento de agua.

Cuando la lluvia cae sobre las flores o las plantas, ella produce ciertas combinaciones químicas de las cuales resulta la producción de perfumes agradables que se escapan en el aire.

PAGINAS INFANTILES

Historia de un conejo blanco

Había una vez un joven paisano que vagaba por el monte en busca de leña seca. Como era muy afecto a las flores, a los árboles y a los animales, tenía cuidado al caminar por el sendero de no pisar a los insectos, y dio a los pajaritos la mitad del pedazo de pan que había llevado para la comida.

Siguiendo su camino se encontró con un niño que había caído al suelo rompiéndose varios huesecitos grises con pintas verdes. El joven puso los huesos sanos dentro del niño y colocó a éstos de nuevo en el árbol. En este momento sintió unos quejidos y, corriendo en dirección hacia el sitio de donde partían, vio que se trataba de una gamita que se había quebrado una pata y no podía levantarse. El muchacho se acercó suavemente al animal, lo acarició y lo vendó la pata con una tira que cortó de su camisa. Luego juntó la leña y salió del monte.

Pero el hada del monte lo había visto, y llena de admiración por su noble carácter, resolvió hacer su fortuna. He aquí lo que hizo para conseguirse la:

Un día en que la Princesa de esos parajes se paseaba por el monte, encontró un conejo blanco que vino corriendo hasta ella, subiéndose a sus brazos. La joven al verlo tan precioso, lo apretó tiernamente contra su pecho, pero en ese momento apareció un hada que le dijo:

—Princesa: ese conejo blanco te traerá mucha suerte, si tú lo quieres. Pero para ello, es necesario que lo tengas siempre contigo, que lo cuides mucho y que le des, como único alimento, trébol de cuatro hojas. Si llega a comer otra cosa se morirá y tú también, pues tu suerte está ligada a la suya hasta que tú te cases.

Diciendo esto, el hada desapareció en el tronco de un árbol y la joven llevó el conejo a su palacio haciéndolo vivir en su propio cuarto.

Se publicó un edicto ordenando que se trajera al palacio cuantos tréboles de cuatro hojas pudieran conseguir, prometiendo por ellos una buena recompensa. Desde el día siguiente se pudo ver a todos los niños del reino ocupados en buscar tréboles de cuatro hojas que llevaban por la noche al palacio y presentaban a un ministro nombrado expresamente para vigilar el alimento del conejo.

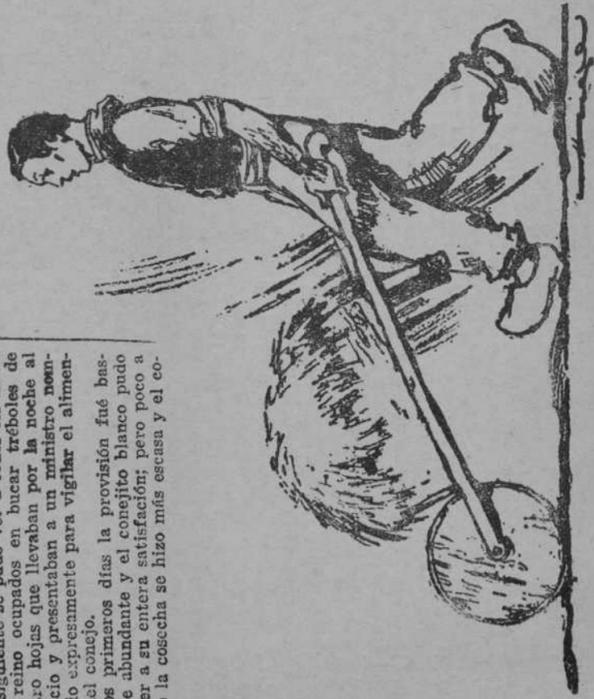
Los primeros días la provisión fue bastante abundante y el conejito blanco pudo comer a su entera satisfacción; pero poco a poco la cosecha se hizo más escasa y el co-

nejo empezó a adelgazar lo mismo que la Princesa.

Se publicó un segundo edicto en el que se ofrecía un precio más elevado para los tréboles de cuatro hojas, y pronto apareció una gran cantidad de ellos, tanto que el conejo no podía comerlos todos. Pero a pesar de la abundancia el animalito se enfermó y la Princesa sentía fuertes dolores de estómago.

El ministro examinó el trébol y pudo comprobar que era de tres hojas, al que le habían agregado una cuarta hoja. La Princesa ordenó entonces que se ahorcaran a los falsificadores y que se instalaran unas oficinas para la realización del trébol.

Desde entonces sólo llevaron trébol verdadero de cuatro hojas, pero cada vez se hacía más escaso. El conejo blanco agonizaba. Estaba tan flaco que sus costillas parecían tocarse y no tenía fuerza ni para mover el hocico. La joven Princesa se hallaba tan débil que no podía abandonar el lecho, y



con el conejo en sus brazos esperaba la muerte.

En tal situación, hizo saber a su pueblo que daría su mano y su corona al que consiguiera, de cualquier manera, suficiente cantidad de trébol como para alimentar a su conejo y por lo tanto salvarle a ella la vida.

Entonces el hada fué a ver al pequeño paisano, a quien quería tanto, y lo condujo entre el monte a un lugar escondido por un matorral impenetrable donde había tal cantidad de trébol de cuatro hojas que no tuvo más que cortarlas con su guadaña. Durante varios días él llevó al palacio una canastilla llena del precioso pasto, gracias a lo cual el conejo engordó en menos de una semana, y la Princesa recuperó sus bellos colores.

Y como el joven tenía buen aspecto, por lo que el hada misma lo había pensado y vestido, la Princesa se casó con él, no sólo por cumplir su palabra, sino porque ese era su deseo.

Como ella no corría ya peligro alguno, dejó que el conejo comiera lo que quisiera y el animalito, harto ya del trébol, comió tanta lechuga, repollo y zanahorias, que murió de una indigestión.

muchacho, ¿tienes tú la culpa de que la chica sea millonaria?

—No, evidentemente.

—Pues, entonces.

—¿Tú crees?...

—Yo creo lo que a ti te convenga, qué caramba.

Se rieron. Discretamente, se rieron.

—Ah, miserable, como bajas la vista al declararlo... ¿Flechazo?

—Quizás. Un crepúsculo en el tren; la convivencia de todo un viaje en el mismo vagón... ¿quién sabe!...

Una pausa. Felipe González hizo todavía más confidencial su voz, para confiar:

—Pero, a pesar de todo, he de confesarle, Pepito, que yo no creo muy a pie juntilla en eso del flechazo, de la llamada, del volcán... Y por eso te he llamado aparte, y por eso te preguntó: ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

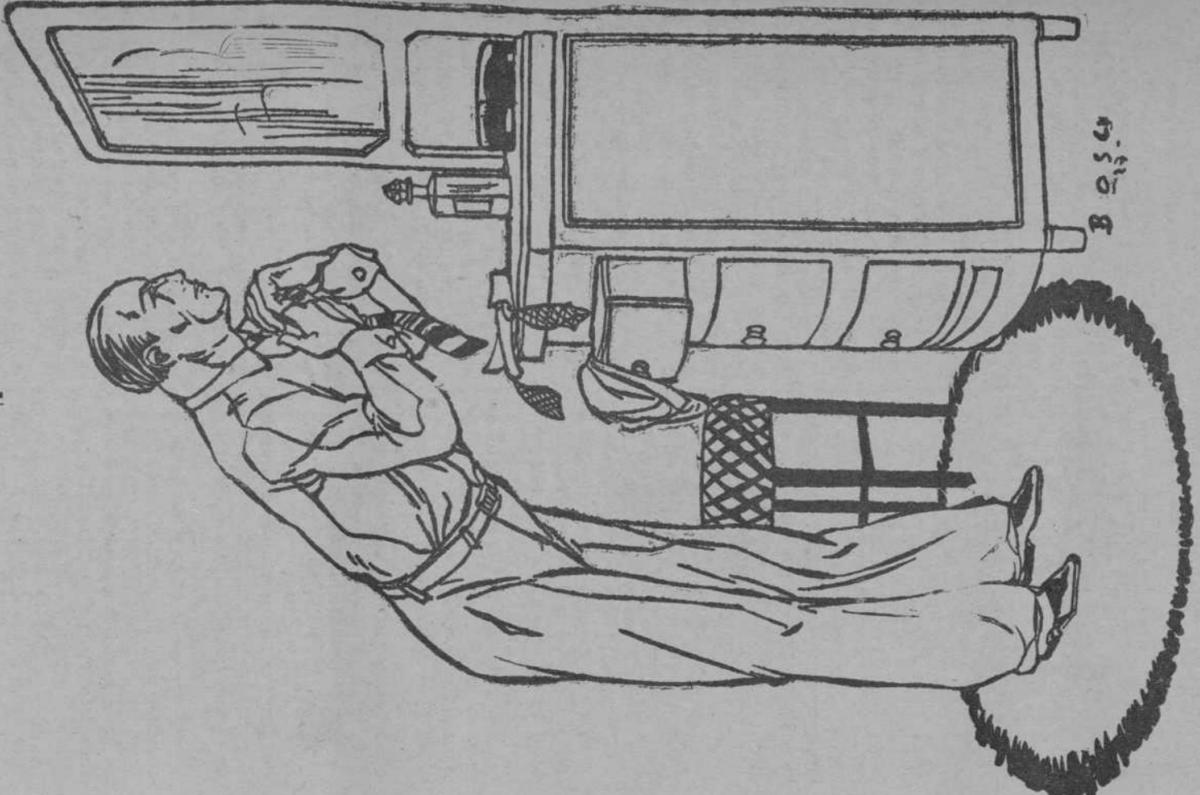
—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.

—Hombre, Pepito, cuando se preguntan cómo están esas chicas de Fuenlarra, ¿cómo están esas chicas de Fuenlarra? Te lo pregunta el amigo; te lo pregunta, también, el caballero.

—Perdona, don Felipe, pero dime antes de qué particularidad de esas doncellas te interesar conocer el estado, para saber a quién debo contestar.



Dos horas largas tardó en vestirse Felipe González aquella mañana...

—¿Armanos ya el poker?—propuso Pepito al poco rato.

—Por mí, que no se diga. Pero si te grano, no te llames a engaño. Necesito ligar mucho.

—Pues si quieres, jugamos con «modin»...

•••

Dos horas. Dos largas horas tardó en vestirse Felipe González aquella mañana. Pero, eso sí, salió de casa hecho un

—Verdaderamente—afirmó Rosita.

Y, Dios sabe cómo, las cosas vinieron tan rodadas, tan rodadas, que Aurora y Felipe quedaron solos largo rato, como si todos, tácitamente, lo hubieran procurado.

—¿Qué les va pareciendo Urbeley?

—Bien. A mí, bien. Rosa es la que se aburre. Es una chiquilla que nace a la vida y...

No la dejó acabar:

—Es una chiquilla encantadora. De ella quisiera hablarle.

—Todo seguí andando como sobre ruedas; todo parecía lógico, nada sombría y nada:

—Me lo suponía. Me suponía que querías usar habame de ella.

—Pues así es. Yo, Aurora, soy un sentimental. Soy un sentimental que está viendo llegar el otoño de su vida, y necesito un sol de primavera para asegurarme un invierno feliz...

Carrasped. No había podido colocarse en verano, pero la frase estaba bien. Midió el efecto en la faz de su coleccionista que se apresuraba a aprobar:

—Muy bien, muy bien; muy lógico. Todo ello es natural. ¿Qué quiere usted de mí?

—Todo; lo quiero todo, Aurora. Yo sé que usted ha sido para Rosita como una madre.

—Casi, casi.

—Lo sé. Yo, naturalmente, debo contar con Rosa, pero... ¿si Rosa se interese por mí, usted me apoyaría?

—Con alma y vida.

—Gracias. No pudo decir más. Era un sentimental, y las lágrimas, al verse camino de la dicha, le antdaban la garganta, ahogándole la voz. No pudo decir más.

Llevaban seis meses de jilfo, cuando una buena mañana, don Felipe Fuenla, le llamó a su despacho a su tocayo, don Felipe Carrasped.

Acudió el convocado—dicho sea en honor de su don penetrativo—con cierto temor, con una cierta sospecha de que algo no del todo agradable iba a ocurrirle. Mas tuvo una sonrisa diáfana para preguntar, no bien encerrado en el despacho con el dueño de la casa:

—¿Qué me tienes, completamente en plan solomne y oficial. Ni a Rosita he saludado, ¿qué me quieres?

—¿Qué te quiero? ¿Qué te quiero. Que te quiero, y creo ya llegado el momento de que, como hermano mayor, como pariente más calificado de tu novia, de la que va ser tu mujer sin ningún género de dudas, hablo contigo de intereses.

Tuvo, el novio, un gesto prócer para proclamar:

—¡Bah, intereses!... Por intereses al corazón los intereses.

—Y yo... ¡me alegro de que tu corazón sienta así; pero, de todas formas...

—En fin, habla.

—Habla, y para hacerlo claramente, déjalo ser algo extenso. Mi tío Gerardo, hermano de tu madre, murió hace varios meses, conforme tú sabes... ¿de qué murió? ¿a qué ocuparte nada?—como tú sabes, no.

—Mi tío Gerardo, hermano de vida, murió de un accidente, y todas las fortunas se fueron a pique en el punto, no lo sabe nadie. Se dio un tiro y

Y sabía que eres un hombre de bien, aunque te hayas apartado tanto de nosotros.

—¿Caramba. ¿Qué decir?—perdona—que en mi vida he sido siempre muy apremiado por ti, cuando estás en el plebiscito de tus facultades mentales; cuando no había pensado, ni muchísimo menos, en el suicidio. Por ello respetamos, en todas sus partes, su testamento.

—Y hacéis muy bien.

—Claro. Pues bueno, mi tío se acordó en su testamento de una de mis hermanas. De aquella que más protección necesitaba...

—Sin temor a incurrir en hipérbole, puede afirmarse que, en aquellos instantes, Felipe González era todo oídos.

—¿Rosa?—preguntó como si tal cosa.

—Aurora. Mi hermana Aurora tiene ya muchos años, más de los convenientes para pensar en casarse y...

Se repuso el galán, para protestar, con más firmeza que la necesaria a una galantería:

—Hombre, no, ¡qué val! Aurora es joven todavía...

—No, gracias. No nos engañemos. Es que tu hermana Aurora no es vieja, ni muchísimo menos. Y respeto a belleza, yo diríamos.

—Pues gracias, en nombre de Aurora. Y ya, poco me queda que añadir, que tú no hayas adivinado: Rosita no le dará el altar una sola peseta.

No pudo contestarse:

—¿Caray! Rosita no llevará al altar una sola peseta, pero las llevarás tú. Las tuyas, y las suyas.

—No te entiendo.

—Pues, ea, sin más rodeos: Y mi tío me contó su fortuna en dos mitades. Una para Aurora; otra, para ti. No te extrañes. No ponerte en camino de tonto. Mi tío te durmió muchas veces en sus rodillas

Y sabía que eres un hombre de bien, aunque te hayas apartado tanto de nosotros.

—¿Caramba. ¿Qué decir?—perdona—que en mi vida he sido siempre muy apremiado por ti, cuando estás en el plebiscito de tus facultades mentales; cuando no había pensado, ni muchísimo menos, en el suicidio. Por ello respetamos, en todas sus partes, su testamento.

—Y hacéis muy bien.

—Sin temor a incurrir en hipérbole, puede afirmarse que, en aquellos instantes, Felipe González era todo oídos.

—¿Rosa?—preguntó como si tal cosa.

—Aurora. Mi hermana Aurora tiene ya muchos años, más de los convenientes para pensar en casarse y...

Se repuso el galán, para protestar, con más firmeza que la necesaria a una galantería:

—Hombre, no, ¡qué val! Aurora es joven todavía...

—No, gracias. No nos engañemos. Es que tu hermana Aurora no es vieja, ni muchísimo menos. Y respeto a belleza, yo diríamos.

—Pues gracias, en nombre de Aurora. Y ya, poco me queda que añadir, que tú no hayas adivinado: Rosita no le dará el altar una sola peseta.

No pudo contestarse:

—¿Caray! Rosita no llevará al altar una sola peseta, pero las llevarás tú. Las tuyas, y las suyas.

—No te entiendo.

—Pues, ea, sin más rodeos: Y mi tío me contó su fortuna en dos mitades. Una para Aurora; otra, para ti. No te extrañes. No ponerte en camino de tonto. Mi tío te durmió muchas veces en sus rodillas

Y sabía que eres un hombre de bien, aunque te hayas apartado tanto de nosotros.

—¿Caramba. ¿Qué decir?—perdona—que en mi vida he sido siempre muy apremiado por ti, cuando estás en el plebiscito de tus facultades mentales; cuando no había pensado, ni muchísimo menos, en el suicidio. Por ello respetamos, en todas sus partes, su testamento.

—Y hacéis muy bien.

—Sin temor a incurrir en hipérbole, puede afirmarse que, en aquellos instantes, Felipe González era todo oídos.

—¿Rosa?—preguntó como si tal cosa.

—Aurora. Mi hermana Aurora tiene ya muchos años, más de los convenientes para pensar en casarse y...

Se repuso el galán, para protestar, con más firmeza que la necesaria a una galantería:

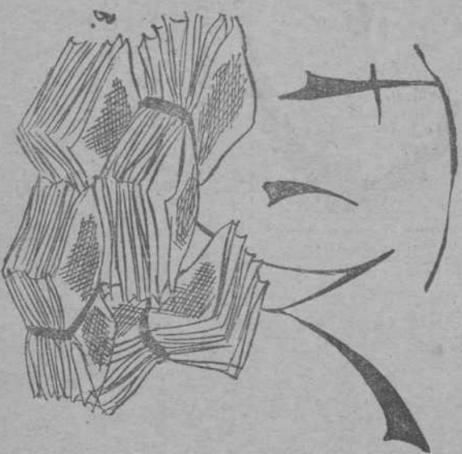
—Hombre, no, ¡qué val! Aurora es joven todavía...

—No, gracias. No nos engañemos. Es que tu hermana Aurora no es vieja, ni muchísimo menos. Y respeto a belleza, yo diríamos.

—Pues gracias, en nombre de Aurora. Y ya, poco me queda que añadir, que tú no hayas adivinado: Rosita no le dará el altar una sola peseta.

No pudo contestarse:

—¿Caray! Rosita no llevará al altar una sola peseta, pero las llevarás tú. Las tuyas, y las suyas.



En estos últimos días se ha hablado de llevar las cenizas de Descartes al Pantheon; las cenizas, junto con el cerebro viajero del gran razonador. En el debate que se abrió en el Municipio de París, un concejal que es veterinario—Mr. Rodland—dijo, en su discurso:

—Lo que queda en la hora actual de Descartes, no es más que una pequeña cantidad de carbonato de cal y de fosfato de cal. Lo que nosotros admitimos de Descartes no son los citados fosfatos y carbonatos, sino el pensamiento elaborado por su cerebro; por sus células cerebrales. Estas, trabajando en la cistina o grasa fosfórica, han desaparecido hace mucho tiempo.

Lo único que queda ahora de la que en su tiempo se llamó diosa de la luz y del color, no es nada más que esos fosfatos y carbonatos de los que con harta pedantería hablara ese veterinario francés.

Miss Loie Fuller, la que surgió a la vida artística envuelta en su ropaje en medio de las luces varias de los focos, envuelta en las telas que ofrecían la graciosa silbata de un vuelo ideal, ha desaparecido del mundo en el «Columbarium» del Pere Lechaize, yéndose su cuerpo en el fuego que lo purifica y lo destruye todo.

Justas son las frases que le ha dedicado el israelita mundano Michel George-Michel, en su crónica necrológica. «Loie Fuller—dice el autor de «Le Carnaval de Venise» y «Les Montparnos»—es mucho más que un extraordinario número de musical, mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...»

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

—No, no te creas. A pesar de todo, hay quien que hace que creamos a mi hermana mayor: Pepito Urriyola. Y no voy a figurarme, no nos disgusta, ni mucho menos el muchacho: hombre formal, ahogado, con su riñoncito ligeramente embiado...

—Si, sí, en efecto. Es otro sentimental. En esta casa, todos vamos a ser unos sentimentales.

LA QUE JUNTO EL ARTE Y LA CIENCIA

Loie Fuller, el hada de la luz y del color



Loie Fuller, durante la gran prueba, con uniforme de dama de la Cruz Roja

Loie llegaba a su hora; ella aportó el socorro de su luz a los que aún la buscaban...

«Loie ofrecía su luz en el momento que el héroe de los despectores pedía el sol y moría para llegar a él.

Loie Fuller ha recibido el homenaje de todos los artistas de Francia. Triunfó en París en la hora de Chéret y de Willette.

ALBUM POETICO CABECITA LOCA

¿Por qué ese horrolo? ¿Por qué los horros? ¿Por qué los romps con los dios y estás en la caba, cabecita loca? ¿Por qué no te pongas triste; no antilles el cielo bonito y alegre de tu cara hermosa?

¡Dale que en tu frente se va la aurora! ¡Tú te ponas triste porque aquel momento que te quieres tanto, se desiente y se va; tú fumas el seno y estás rubicón!

¡Por qué estás celosa? ¡Dale que el momento se desiente y se va... ¡Dale como en tu frente se va la aurora... ¡Dale como en tu frente se va la aurora... ¡Dale como en tu frente se va la aurora...

Ya pasó el chibaco, mi cabecita loca. Ya pasó el chibaco y en los dos hoyos de tu cara linda, la visa rítorica... ¡Ya pasó el chibaco, pero yo estoy triste, ya que tú que cosas... ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca...

¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca...

¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca...

¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca, ¡Yo no soy quien te quita el chibaco, mi cabecita loca...

en la hora de Ivette Gribbert y en la hora en que aún Montmartre era Montmartre. Costaba trincar en aquella hora; costaba trincar en la Francia anárquica y chaurrista de Zola y de Deroulde; en la Francia que reparaba su corazón entre la gloria suprema de los republicanos del Terror y la de Napoleón... Costaba trincar, porque Francia amaba lo suyo y no se creía la receptora de toda la cultura de Europa, sino la distribidora.

Mallarmé ofreció a Loie Fuller sus versos; Anatole France, entonces cronista de teatros en «Le Temps», unas crónicas admiradoras. Francia se rendía ante esta mujer todo nervio y acción, que aparecía en una escena, y al agitar sus brazos desaparecía en una antorcha de fuego o se envolvía en una luminosa esfera de colores que la convertían en un astro misterioso y astral.

Loie Fuller ciertamente, al pasar los años no dejaba nada para el azar, ni se dejaba inspirar por un sueño. Sabía escoger sus colores como un pintor; sabía escoger sus telas como un costurero; arreglaba las proyecciones como un ingeniero, y como un ingeniero escogía sus aparatos y sus métodos.

«Sua jefe de proyección estaba bajo sus órdenes hasta muchos años. Sabía lo que le gustaba a lo que no le gustaba, y, sobre todo, lo que no le gustaba.»

Loie Fuller, ciertamente, los años se supo ir evolucionando. Alambicó su trabajo personal en escena en la hora en que perdió su talle, sus bucles de oro y su claro mirar.

Ahora, con sus lentes de concha, sabía imponer un orden y un sistema a los espectáculos que iba perfeccionando a medida que juntaban más el principio de la ciencia y el del Arte.

«Cuando lo dejaba arreglado todo, dejábole en libertad de acción a sus artistas, como si fuesen soldados que fueran a librar una batalla cuyos objetivos eran precisos y el honor exactamente determinado.

Había adoptado doce muchachos que afirmaban de «económicos» y de sermones religiosos, como dijo un humorista «Las habba bautizado con nombres singulares: «Cianazana», «Meiocotón», «Aires», «Aguas», «Fiegos», «Charrientes» y «Dixitis».

«Inventó sus pequeñas cosas y acaso el cinematógrafo le debe mucho.

«Eddison decía de ella: —Mi hermana Loie.

«Y Loie estaba satisfecha de este honor. Al morir desaparece totalmente. Quedan de ellas unas cenizas gloriosas.

Loie Fuller era una sabia mujer. Todos la hemos admirado. Los que la conocieron, firmemente, la admiraron y la estimaron. Muere rodeada del apecho y la devoción de todos. Pocos son los muertos que así se van de este mundo.

CARLOS MARRIAGE.